

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 19.

Alicante 1.º de Abril de 1871.

Año II.

SEMANA SANTA.

La semana que principia en el próximo domingo se ha llamado desde antiguo en la Iglesia católica *Semana Santa*, por razon de los augustos misterios de nuestra redencion que en ella se recuerdan y celebran con la mayor pompa y magestad. Se ha conocido tambien con otros nombres. Se ha llamado *Semana mayor*, no por ser diferente de las demás, sino por la grandeza de los misterios que en en ella se celebran: *Semana de las vigiliass*, por las abstinencias, ayunos y mortificaciones á que durante ella se consagraban los cristianos, en memoria de las injurias, afrentas y crueles tormentos que sufrió el Salvador: *Semana penal*, á causa de estas penas y dolores; por cuyo motivo los latinos la llamaron tambien *Semana laboriosa y dias de trabajos*, y los griegos *dias de dolores, dias de cruces y dias de suplicios*: y por último, se llamó tambien *Semana de indulgencia*, porque es el tiempo de las grandes misericordias de Dios, y porque en estos dias era otorgado á los penitentes el perdon de sus pecados en méritos de la divina pasion, y eran admitidos á la comunión eucarística.

Desde los tiempos antiguos esta semana, ya por la memoria de la sagrada pasion que representa, ya por ser pre-

paracion para la gran solemnidad de la Pascua se celebraba por los cristianos con todo género de mortificaciones y abstinencias, en términos, que hubo época en que durante los seis dias se ayunaba comiendo solo pan y yerbas. Y aunque el rigor de estos ayunos se ha ido modificando con el tiempo, queda aun la abstinencia de carnes en los cuatro últimos dias, y en toda la semana para los eclesiásticos. A estos ayunos se unian las vigiliass, particularmente la del Jueves al Viernes santo, que se observaba pasando toda la noche en oracion delante del Santísimo Sacramento, en memoria de la noche que siguió á la institucion de tan augusto misterio, y de los cruelísimos tormentos que en ella padeció el Salvador; costumbre que aun se conserva entre muchos cristianos, para quienes, como debiera ser para todos, es inolvidable la grandeza imponderable de aquella sacratisima noche.

Tal fué la consideracion en que eran tenidos estos dias y el religioso respeto con que eran guardados, que en los primeros siglos de la Iglesia se observaban como festivos, segun lo asegura Vocio, y Gregorio IX los cuenta en este número; de modo, que no solo los Obispos disponian su observancia, sino que los mismos emperadores lo preceptuaban á sus súbditos, con el objeto de que se dedicasen exclusivamente en tan

santos dias á los ejercicios de penitencia y de piedad y á las prácticas religiosas.

Son estos dias tambien considerados como dias de indulgencia y de perdon, porque ellos nos recuerdan los dias de las grandes misericordias del Señor, aquellos en que por los infinitos méritos contraídos con sus padecimientos, se nos otorgó el mas ámplio perdon y se nos franquearon las puertas del Cielo, al que habia perdido todo acceso la humanidad por el primer pecado. En memoria de aquellas inmensas misericordias y para solemnizar tan memorables dias, los príncipes de la tierra han usado en todos tiempos de benignidad y clemencia con los delincuentes perdonando á algunos de ellos. Así lo practicaron los emperadores cristianos, y entre nosotros continúa en uso tan antigua como piadosa costumbre, otorgándose el perdon á algun reo de pena capital, en el Viernes Santo, al tiempo de la adoracion de la cruz.

¿Qué conviene á nuestro carácter de cristianos hacer en estos dias? ¿Qué exige de nosotros la fé que profesamos? ¿Qué nos pide la santidad, grandeza y sublimidad de estos dias? ¿Qué reclama la gratitud que debemos por los sobrenaturales beneficios obtenidos con los divinos misterios que se nos recuerdan?

Fijemos la consideracion de verdaderos cristianos en aquellos memorables dias, y traigamos á la memoria lo que el Hombre-Dios sufrió en aquella tristísima noche que precedió á su sacrificio, en la que se le hicieron sufrir tantos tormentos y se le hartó de oprobios. «En aquella noche fué, dice un escritor sagrado, cuando se entregó á aquella mortal tristeza que le hizo sudar hasta sangre; en aquella noche fué vendido por el apóstol apóstata, preso y atado

como un malvado, arrastrado por las calles de Jerusalem, llevado de tribunal en tribunal, abofeteado, cubierto de llagas y de salivas, abandonado, en fin á la insolente barbarie de los soldados, que ejercieron sobre su sagrada persona cuanto la impiedad mas desenfrenada, la insolencia mas desmedida y la crueldad mas desencadenada pudo hacerle sufrir de doloroso é infame.»

Ahora, pues, ¿cómo convendrá celebrar la memoria de aquellos tristísimos dias, y en particular de aquella noche cruelísima sobre toda ponderacion? Los aniversarios de hechos gloriosos y placenteros se han conmemorado siempre con grandes regocijos y estrépito alegre y bullicioso. Los aniversarios de las grandes catástrofes y de los acontecimientos profundamente lúgubres y penosos deben recordarse con actos ostensibles de dolor. No refiere la historia, no ha presenciado la naturaleza un hecho de tan inmensas proporciones de tristeza, pena y amargura como la passion y muerte del Salvador; tanto que aquella naturaleza colocada por su criador sobre ejes tan robustos, tembló en sus cimientos y estuvo á punto de desquiciarse. Gimieron los elementos, insensibles como son, al ser testigos de los padecimientos de Jesús, ¿y no lloraremos nosotros por cuya salud eterna aquel buen Jesús padeció? Seremos menos sensibles que lo insensible?

No quiera Dios que los que nos preciamos de sinceramente cristianos nos desviemos hasta ese punto del camino de la razon y de la verdad; antes por el contrario, vistamos nuestras almas de luto y nuestros cuerpos de penitencia, cubramos nuestra cabeza de ceniza y celebremos con gravedad y respeto, con recogimiento y pureza de corazon los augustos misterios de la redencion del

género humano, que la Iglesia católica solemniza en la próxima semana con la mayor ostentación y magestad que le es dable.

DOMINGO DE RAMOS.

Entre los domingos que mas brillante y distinguidamente celebra la Iglesia católica desde los primeros siglos, es sin duda uno de ellos el que se denomina de *ramos*, á causa de los grandes y trascendentales hechos de la vida de Jesucristo que representa y nos recuerda.

Seis días antes del en que el Redentor del mundo habia de ofrecerse en holocausto público y sangriento por el rescate del género humano, hace su entrada solemne en Jerusalem entre los vitores y aclamaciones de una innumerable multitud de gentes de todas edades y condiciones, que presurosas corren á su encuentro con palmas y ramos de olivo en sus manos, tendiéndole al paso sus vestidos en el camino, y cantando: *Viva el Hijo de David, salud y gloria al Rey de Israel, bendito sea el que viene en el nombre del Señor, hosanna en lo mas alto de los cielos.*

Al meditar detenidamente sobre estos hechos sorprendentes, el hombre religiosamente pensador se pregunta admirado y sobrecogido por tan extraordinario acontecimiento. ¿De dónde esta inusitada, general y respetuosa ovación al que poco despues habian de crucificar en un afrentoso madero? ¿Fue este acto un escarnio, una irrisión, un fingido *hosanna*, ó la expansión sincera de amorosos sentimientos hácia el aclamado por Rey de Israel? Si estos eran verdaderos, ¿cómo le crucificaron? y si no lo eran, ¿cómo no los rechazó Jesús?

Ancho campo se presenta á la reflexión del verdadero creyente en estos pasos de la vida del Divino Maestro, y mucho, muchísimo tiene que aprender en ellos. Paremos nuestra consideración y examinemos lo que en si envuelven y simbolizan. Veamos por qué entra Jesús solemnemente en Jerusalem y la índole de esta solemnidad; por qué es recibido con tantas aclamaciones, y quiénes le reciben; por qué es crucificado, y quienes le crucifican.

Jesucristo habia demostrado general y completamente la divinidad de su persona y de su misión con la multitud de milagros que por todas partes habia obrado, y á cuyo atractivo llevaba á las gentes en pos de sí, deseando y pidiendo sentir los efectos de aquella virtud sobrenatural. No necesitaba para dejar consignada la autenticidad de su divino origen, que Jerusalem le recibiese con gritos de alegría, porque aquella autenticidad quedaba esculpida é imperecedera donde sentaba su sagrada planta, y esta habia santificado muchos lugares. Pero aquella entrada triunfante envolvía otros sentidos místicos que habian de servirnos para nuestra enseñanza y consuelo, y Jesucristo quiso hasta el fin de su vida, darnos lecciones saludables en todos los actos de su vida; mas todavía, quiso dejarnos recuerdos de actos suyos en que ejercitar nuestra meditación y nuestro estudio, para que continuamente aprendamos de su vida, y vivamos con su vida imitándola.

Jesucristo, al entrar en Jerusalem triunfante en medio de inmensas aclamaciones, sabia muy bien que poco despues debia ser víctima de la perfidia de aquel pueblo; pero por lo mismo permite ser recibido como Rey de Israel; así despues no podrán confundirle con otro; por mucho que trabaje la malévola astucia,

no podrán negar que han levantado en la cruz al Rey de Israel.

Terminada que fuese la reparadora y sagrada mision del Dios-hombre sobre la tierra, habia, despues de su muerte y gloriosa resurreccion, de entrar triunfador en los cielos á ocupar su eterno sitio á la diestra de su Padre; y la entrada magestuosa en Jerusalem quiso que fuera una imágen, aunque imperfecta, de la que habia de hacer despues con innenarrable gloria y magestad en la Jerusalem celestial, segun el sentir de muchos Doctores y escritores sagrados.

La brillante entrada del Redentor en Jerúsalen simboliza tambien de una manera profunda y maravillosa la vocacion de los gentiles á la fé, y la reprobacion de los judios; porque conviene tener presente, que cuando el Hijo de Dios hizo su triunfal entrada en la ciudad que habia de ganarse el timbre de deicida, solo los extrangeros que habian ido allí por la solemnidad de la Pascua, salieron al encuentro del Señor y le recibieron con indecibles aclamaciones, mientras que los judios habitantes de Jerusalem, testigos presenciales de su santidad y de sus prodigios, ya fuese por temor, ya por orgullo, ya por respeto humano ó por otro bastardo motivo, no quisieron tomar parte en el triunfo de Cristo ni en el general regocijo; funesto al par que evidente presagio de su reprobacion. Por esto ellos fueron los que pronunciaron pocos dias despues contra Jesús aquellas horrendas y sacrilegas palabras; *tolle, tolle, crucifige eum*; quítanosle de delante, crucificalo. ¡Cuántos misterios envueltos en estos extraordinarios sucesos! ¡Cuántas lecciones y cuántas instrucciones nos ha dejado el Salvador en estos misterios! Su grandeza y magestad sobrehumanas, su humildad y abatimiento, la gratitud de sus

buenos hijos, la ingratitud de los malos, el premio de aquellos y el castigo de estos, todo se aprende en estos soberanos misterios. Meditemos, que por mucho que lo hagamos, nunca llegaremos á agotar la fecundidad de estas divinas fuentes de amor, dulzura y benignidad.

Entra Jesucristo triunfante en Jerusalem, y al aclamado primero como Rey de Israel, se injuria poco despues, se le llena de baldones y es enclavado en un afrentoso madero. ¡Qué iniquidad! ¡qué horrible maldad é inaudito desafuero! clamamos llenos de honda pena y de santa indignacion. Detente ¡oh cristiano! detengámonos un momento al recordar estos criminales hechos. No acusemos; acusémonos. ¿Qué otra cosa hacemos, qué otra cosa hemos hecho mil veces los que nos gloriamos con el nombre de hijos del Crucificado? Recibimos al Señor cuando nos infundió su gracia el agua del bautismo, con júbilo y plácemes de quienes á este efecto nos llevaron por vez primera al templo: estas eran las palmas y ramos de olivo con que le recibimos. Y ¿qué hemos hecho despues en los actos de nuestra vida? le hemos crucificado cuantas veces hemos quebrantado sus preceptos.

Entra en nosotros Jesús triunfante, lleno de pompa y de magestad, por medio del sacramento de la Eucaristia; y ¿cuánto tiempo tardamos á seguir con él la conducta de los judios! El sagrado Evangelio nota oportunamente, que despues de haber entrado Jesús triunfalmente en Jerusalem, se halló poco despues, en el mismo dia, tan abandonado de los que le victorearon, que se vió obligado á la caida de la tarde á dejar la ciudad y retirarse á Bethania. ¡Cuántos le abandonan en el mismo dia que le reciben en el Santo Sacramento! Seis

dias despues de la régia y ostentosa recepcion en Jerusalem clamaban los judíos ébrios de furor, con estentóreas y enronquecidas voces, *crucifícale, crucifícale*. ¿Se deja siempre pasar tanto tiempo despues de recibirle los cristianos en la Eucaristia, para levantarse contra él y maltratarle á la manera de los judíos.

A mas de esto, si la gente judáica crucificó al Redentor con su lengua cuando clamaba desafortadamente *crucifícale*, nosotros le crucificamos de continuo en nuestras lenguas y con nuestras obras. Nuestra soberbia, nuestra avaricia, nuestros apetitos desordenados, nuestras liviandades, nuestra ira, nuestra tardanza en el cumplimiento de los deberes y todos nuestros vicios, ¿qué otra cosa son sino los frenéticos y repetidos gritos con que crucificamos al Salvador? Ahora podemos conocer que no estuvieron sus verdugos solo en Jerusalem; están aquí tambien entre nosotros; que digo entre nosotros, si somos nosotros mismos! Digno de lástima y compasion fué Jerusalem; y acaso mas dignos de lástima y compasion seamos nosotros, por nuestra conducta poco conforme con la ley del que entró triunfante en la Jerusalem terrena, para abrirnos las puertas de la Jerusalem celestial. Cuánto misterio y cuanta enseñanza en estos misterios! ¡Cristianos! aprendamos; y para aprender con fruto, meditemos....

M. S.

LA NOCHE DE LA CENA.

JUEVES SANTO.

Al acercarse la hora solemne de los grandes misterios, Jesús revela á sus discípulos el gran deseo que venia abri-

gando en su corazon de llegar á la hora de la celebracion de la Pascua. Ese gran deseo del corazon de Jesús, era el latido constante de su caridad infinita, que tendia sin cesar á manifestarse en actos dignos del amor del Redentor del hombre.

Una ternura cuya espresion dulcísima no es dado pintar á nuestra torpe pluma, resplandecia en aquel rostro siempre benigno á la mirada de los Apóstoles, siempre lleno de mansedumbre hasta para los mismos enemigos que proyectaban el medio mas seguro de conducirle al mas vergonzoso suplicio. Jesús veia su propia imágen en el cordero sin mancha que se venia inmolando en Israel desde aquella noche terrible para Faraon, memorable y gloriosa para el pueblo que habia sido hasta entonces su esclavo; figura tambien aquel cordero del gran milagro que se disponia á obrar. El les habia dicho que permaneceria con ellos hasta el último dia de los siglos. El les habia prometido su cuerpo en comida y su sangre en bebida, como presagio de la eterna vida y sustento necesario para la lucha que habian de emprender contra las potestades de la tierra, los espíritus de las tinieblas, la ignorancia del mundo y la fuerza indomable de las pasiones humanas, que al fin vendrian á rendirse al imperio de la doctrina del Maestro divino, llevada hasta los confines de la tierra por aquellos discípulos todavia rudos é ignorantes.

Llega la hora del milagro, del amor, del Sacramento cuya invisible grandeza vá á dejar atónitos á los Angeles, enagenados de asombro á los discipulos, llena de admiracion la tierra, y enamorada á la Divinidad misma que crea tan profunda maravilla. «Tomad y comed, este es mi cuerpo.» «Tomad y bebed, este es el caliz de mi sangre que por vosotros y por muchos ha de ser derramada en remision de los pecados.» Estas palabras cuya grandeza y virtud ellas mismas explican, contienen no solo el testamento nuevo, sino toda la riqueza de gracias, de bendiciones, de amor y de misericordia que ese Testamento encierra para perpétua felicidad de la desgraciada raza que venia gimiendo opri-

mida por el hierro de la opresion mas tiránica, en la vergonzosa servidumbre de la culpa.

Jesús se complace como en agotar su poder y derramar su amor sobre aquellos fieles y leales servidores, á medida que se apresura la hora de la mas grande iniquidad que ha perturbado al mundo y trastornado la misma naturaleza. Vá á morir; pero antes desahoga en aquellos que han escuchado y creído su palabra, todo el interés que le inspira la suerte del hombre, todo el sentimiento y entera voluntad con que va á llegar á la cumbre de los tormentos inauditos por redimirle. Al propio tiempo parece que le duele de abandonar á los suyos; y compadeciéndose de la tristeza que nota en sus abatidos semblantes cuando les dice que ya no le verán, les consuela con las promesas del Espíritu de vida que les enviará luego, y con la esperanza de las riquísimas moradas que vá á prepararles en la casa de su Padre.

En tan solemne hora, y para que mas profundamente quede grabada en su ánimo la enseñanza divina, les dá el mas vivo y patético ejemplo de aquella virtud por El tantas veces elogiada, tantas veces exigida como titulo de su dichosa amistad. Cíñe su cintura con una tohalla toma una vasija con agua, se inclina hasta los piés de los discípulos, los lava, los seca, tal vez los besa y díceles luego con la mayor sencillez y dulzura: vosotros me llamis vuestro Maestro y en verdad lo soy; pues bien, si esto hago yo con vosotros, siendo el Señor y el Maestro, vosotros tambien debeis lavar los piés los unos á los otros: leccion la mas patética de la virtud fundamental del cristianismo.

Un nuevo mandamiento os doy, dice Jesús, que os ameís los unos á los otros. Mandato que Jesús tenia repetido distintas veces, y que le llama nuevo en aquella hora crítica, para recomendar su importancia. Ese mandato será la regla de conducta de los Apóstoles de todos los tiempos, la enseña de amor cordial entre los fieles de todos los siglos. Es la voz del Salvador cuyo eco reproducido de zona en zona acallaria el continuo choque de los combates, así como

en Genesareth sosegó la soberbia de las olas y la impetuosidad de los vientos.

Y si apesar de diez y nueve siglos de predicacion Evangélica todavia el estruendo de las armas viene atronando los aires, consternando las naciones, regando los campos de la civilizacion con la sangre de la humanidad, es, porque esa civilizacion no tiene entraña de amor, no tiene caridad en su corazon ni piedad en su alma. Es porque naciones y pueblos, principes y vasallos andan desviados del camino de la verdad, siendo extraño á sus oidos el eco de Jesús, reproducido en la predicacion de su Evangelio. El vino á establecer la paz en la tierra; pero no vino á fijar esa bendicion, al modo con que fijara los términos del Oceano. Ha enseñado al hombre el sendero de su pacifico reino; le pide el amor, como la luz que ha de guiarle, y no hará jamás absoluta violencia á esa libertad soberana, que es muy dueña de subir al monte de la divina transfiguracion á gozar de la claridad de los cielos, ó de abandonarse en el derrumbadero de las pasiones, basta caer hundida en los abismos del mal. Si para remontarse á aquel monte de tanta fruicion y paz necesita las alas de la fé y el impulso del amor, hé aqui la promesa inalterable que nos ofrece Jesús pocas horas antes de morir. *Todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, yo lo haré; para que sea el Padre glorificado en el Hijo. Si me amais, guardad mis mandamientos.*

Locura, pues, y desvario lamentable fuera apetecer la paz de Jesús, al tiempo mismo en que se huéllan sus mandamientos, le prescinde de la Omnipotencia, se presume de valor y sabiduria, con menosprecio de la gracia necesaria y la verdadera virtud.

Es tambien una quimera esperar que los hombres y los pueblos se amen sin otros lazos que los unan que los del interés comun en la tierra; este interés les divide por el contrario, es el que despierta y agita los gérmenes de division y antagonismo, el que multiplica en bandos cada vez mas numerosos, la sociedad civil, maleando las buenas costumbres y enterrando en el último pliegue del corazon esa caridad, ese amor

mútuo que le manda la Religion de Jesús, que debería poscerle por entero, para ventura de la familia humana.

La paz os dejo, mi paz os doy; pero esa paz, don riquísimo é inestimable, es el premio de aquel amor, de aquella caridad que modera todos los temperamentos; nivela todos los intereses y confunde en una sola todas las razas del mundo.

¿Qué sería la sociedad humana, poseída toda ella de la verdad Evangélica, sometida á esa ley de amor, promulgada por Jesús la noche misma en que se dispone á derramar su sangre para la salvacion del hombre? ¡Ah! sería la sociedad humana aquella viajera del desierto que despues de penosas fatigas y eternas noches, se halla sorprendida por el repentino encuentro de un Eden poblado de flores, entoldado por el ramage, acariciada por la suavidad de perfumadas brisas y refrescado por el vapor de rápidas y saltadoras fuentes. Fuera todavía mas dichosa la suerte del hombre puesto que sería entonces la tierra toda una estensa república, cuyo eterno monumento de veneracion universal sería la cruz, sus leyes el amor, sus premios la paz, su progreso la virtud, su templo la Iglesia Católica, sobre cuya elevada cúspide adornada con la imágen del Redentor, se podría leer de cerca y de lejos en todo idioma y con caracteres de vivisima luz estas palabras: *Yo soy el camino, la verdad y la vida.*

J. B.

HIMNO.

STABAT MATER.

IMITACION.

I.

Sola está! junto á la Cruz
donde el Redentor espira
vé al populacho que gira
del relámpago á la luz.
Negros girones de sombra
ván flotando en el vacío;
el viento ruge sombrío
con rudo furor que asombra.

Las piedras abren sus senos,
se alzan los muertos con vida,
y de la nube encendida
ruedan terribles los truenos.

Se oscurece el firmamento,
negras nubes se amontonan,
y los volcanes coronan
de aureos penachos el viento.

Y es que la creacion palpita
con el dolor de María
y acompaña la agonía
de la víctima bendita!

II.

Vedla! la palma divina
que prestó sombra al Dios-hombre,
la que llenó con su nombre
de esplendor á Palestina;

La que cual pura alborada
disipó el pasado oscuro,
y fué de aquel mar impuro
blanca espuma inmaculada.

Dulce paloma que un dia
abrigó á un Dios en sus alas;
lirio de celestes galas
que á los cielos dá ambrosía.

Puro y tierno corazon
que de su amor al reflejo
fué el claro y brillante espejo
dó se copió la pasión (1)

Ella no siente el dolor
que en su pecho se derrama
tan solo siente que ama
y que le matan su amor.

III.

Su hijo! que el pueblo deicida
sin piedad insulta y hiere,
y mas que el hijo que muere
sufre la madre afijida. (2)

Ella le guardó sin calma
á Egipto con él huyendo;
ella le buscó nariendo,
llorando sangre del alma.

Ella ante el pueblo deicida
que el santo mártir perdona,
vé que el valor le abandona
con la vida de su vida.

Que cual si el sol se oscurece
pierde su brillo la luna,
en ella el dolor se aduna
cuando Jesús desfallece. (3)

Y sola y trémula llora
al pié del madero santo,
hasta que se une su llanto
con la sangre Redentora.

(1) S. Lor. Just. lib. 3 de land. Virg.

(2) S. Bern. de lamen. Virg.

(3) Michov. n. 3.

IV.

Cuánto sufre! Y está sola
con su dolor sin consuelo!
sola y huérfana en el suelo
donde el pueblo á su hijo inmola!

Está sola ante la Cruz
donde hay un cadáver fijo...
¡El cadáver de su hijo
que era de su alma la luz!

Vé aquellas sienes divinas,
tanto por su amor besadas,
inclinarse ensangretadas
con la corona de espinas.

Vé la doliente espresion
de aquella boca amorosa
que aun en la Cruz dolorosa
gritaba: «¡Perdon! ¡Perdon!»

Y si no muere al dolor
de aquella escena sangrienta,
és; ¡porque su vida alienta
la grandeza de su amor!

V.

Oh Madre! te encuentro sola
al pié del lábaro santo!
lloras, y se une tu llanto
á la ensangretada ola...

Yo sigo tu amante huella
que por el mundo nos guía,
vengo á buscarte, María,
á tí de mi amor estrella.

Vengo contigo á llorar
vengo á sentir tus pesares,
vengo al pié de tus altares
con tu pena á suspirar.

Tu dolor es mi dolor,
tu angustia la angustia mia,
y vengo á darte María
de mi alma todo el amor

Oh Madre! en tus aflicciones
hoy te ofrecemos consuelo,
pues, hay contigo en el suelo
millares de corazones!

P. de Zarandona.

EL VIERNES SANTO.

»Venite ascendamus ad montem Domini.»
Venid y subamos al monte del Señor.

Día tremendo, día de luto, de universal horror y espanto es el que hoy nos recuerda la Iglesia. Día que por lo tenebroso fué noche, y la mas aciaga de cuantas ha registrado ni registrará la historia de los siglos, porque en ella se cometió un Deicidio, que es tambien un

monumento imperecedero de la ingratitude de los hombres para su Dios y Hacedor.

Venite ascendamus ad montem Domini. Trepemos hoy con el espíritu de la fé las alturas de ese Calvario, por cuyos senderos subió hace diez y nueve siglos el Hijo de María; alcemos los ojos á ese monte, en el que se ha plantado el árbol de la Cruz, y pidámosle lágrimas de amor y de ternura al ver á todo un Dios sumergido en un mar de tormentos y próximo á espirar por redimirnos. ¿Veis ese monte? El árbol que en él domina es el árbol de la vida: ahí está asentada aquella escala mística que vió Jacob, que junta al cielo con la tierra y por donde los angeles descenden á los hombres y los hombres suben hasta el trono de Dios.

¡Oh cuán grande, maravilloso y sublime es el misterio de la Redencion! ¡Oh cuánta es la ingratitude humana que puede fijar la vista en ese santo leño sin deshacerse en lágrimas de amargura, de reconocimiento y de amor.

Ved, pues, al Salvador del mundo llevado por sus perversos enemigos al suplicio mas deshonroso y cruel, y condenado á muerte afrentosa entre dos facinerosos. ¿Qué crimen ha cometido el inocentísimo Jesús para ser tan cruelmente maltratado, para ser coronado de espinas y condenado á morir clavado en una cruz?

La vida de aquel inocentísimo Cordero es un constante dechado de humildad, de pureza, de caridad y de ternura: ¿cómo pudo sublevar en contra suya al pueblo sobre el cual tantos dones, tantos y tan señalados beneficios habia derramado?

Ah! Jesús se atrajo las iras de todos los defensores del error, porque predicaba la verdad en las calles y en las sinagogas; las de los egoistas y ambiciosos, porque recomendaba y practicaba la caridad; la de los soberbios y orgullosos, porque hablaba y obraba humildemente; las de los carnales y disolutos, porque predicaba la castidad y pureza, las de los avaros y usureros, porque condenaba la avaricia y la usura; las de los déspotas y tiranos, porque proclamaba el reinado de la santa libertad

crisiana que libra al cuerpo y al espíritu de la esclavitud del pecado.

Los vicios, la ambicion, las malas pasiones fueron los jueces que dictaron la muerte del Justo: por los labios de las desenfrenadas turbas que clamaban *Tolle, tolle*. Los hombre malvados, los ambiciosos, los apegados á la carne y encenegados en sus deleites, fueron los verdugos que crucificaron á Jesus, simbolo de pureza, de santidad y de justicia, y salvaron á Barrabás, al fascinoso de quien nada tenian que temer.

Pero Jesucristo murió triunfando, y despues de pelear con la muerte y el pecado para librarnos de la muerte eterna, dió su preciosa vida en la batalla cumpliéndose lo que estaba escrito: *Fortis impegit in fortem, et ambo pariter conciderunt*. Jesús murió como Sanson peleando con los filisteos, y como Eleázaro matando al elefante y á los que le acompañaban.

¡Oh muerte grande, santa y maravillosa, manantial inagotable de vida y felicidad eterna! Jesús muere en una cruz de muerte ignominiosa, y al enviar su último suspiro al Eterno Padre, deja al mundo redimido y á las generaciones venideras un áncora cierta de salvacion en sus predicaciones y en su santa doctrina.

Al considerar el aprecio que han hecho los hombres de tan inapreciables dones en el trascurso de los siglos, y quizás menos que nunca en nuestros tiempos; al verlos ultrajar los santos preceptos de Dios y rebelarse contra su santa ley, y al contemplar los tremendos castigos con que el Dios de los cielos y tierra castiga de vez en cuando sus crímenes y maldades, el corazon se oprime de pena, y el cristiano no se siente con fuerzas para levantar los ojos ante ese cruento sacrificio para cuya renovacion dan verdugos todas las generaciones.

Si en el trascurso de mil ochocientos setenta y un años el día de hoy recuerda á la cristiandad el mas grande y sublime sacrificio que puede concebir la mente humana; si nuestra Madre la Iglesia nos recuerda en él que somos sus hijos para acompañarla en su afliccion y angustia, ¡con cuánta mas razon en los tiempos de tribulaciones y penas, como son los pre-

sentes para ella, debemos repetir, cuantos de buenos catolicos nos preciamos, el llamamiento que nos dirige, al decir á los hombres: *Venite ascendamus ad montem Dómini*.

¡Oh vosotros, príncipes y poderosos de la tierra, que os conjurais contra el representante de Dios en este mundo, que desconoceis su poder temporal para negarle despues el espiritual; que fomentais los sacrilegos despojos que en él cometen las turbas de ambiciosos y descreidos que forman la plana mayor de los ejércitos que combaten á la Iglesia, á la verdad y á la justicia: vosotros los que os complaceis en las turbulaciones del Ungido del Señor, que negais su santidad y virtudes, que calumniais sus justas y piadosas intenciones y no le concedéis autoridad ni sabiduría para gobernarla y gobernar á los millones de fieles que se proclaman sus hijos; vosotros los que no reconocéis mas justicia, mas derecho ni mas ley que las bayonetas y los cañones de vuestros ejércitos; vosotros los que esperando la próxima muerte del Vicario de Jesucristo echais suertes sobre la túnica y proclamais loca y audazmente el término del reinado de los Papas, subid con nosotros al Calvario, *Venite ascendamus ad montem Dómini* á regar con lágrimas de amargo dolor el pié de la Santa Cruz.

Vosotros, gobernantes de pueblos á quienes llamais civilizadores, sin echar de ver que vuestra moderna civilizacion les pervierte y embrutece, vosotros los que dejais sueltas las cien lenguas del mal y los roncós clarines de sus huésteres, para que atruenen el mundo con sus insultos, imprecaciones y calumnias á las instituciones mas santas y respetables: vosotros los que con inaudito cinismo sometéis la palabra santa del augusto Vicario de Jesucristo al juicio de consejo compuestos de judíos, de protestantes, de cismáticos, de sansimonianos y de herejes, especie de sinagogas llamadas por la moderna civilizacion á decidir si hay peligro en que sea leida y escuchada por los fieles; vosotros en fin, que cuando se trata de perseguir á la Iglesia católica abandonais la política de Maquiavelo para seguir la de Caifás ó de Pila-

tos; subid con nosotros á ese monte en donde yace la víctima mas hermosa, mas santa, mas inocente y pura que haya podido inmolar la perversidad humana.

Vosotros, periodistas é historiadores de la escuela de un nuevo progreso desconocido de nuestros mayores; que dedicais vuestros talentos y vuestras plumas á defender lo que llamais la causa de la *civilizacion y de las luces*; vosotros los que alimentais el lamentable error de que se puede ser católicos sin reconocer la infalibilidad del Papa ni su autoridad; vosotros los que combatís sin tregua ni descanso á la iglesia de Jesucristo, desconocéis sus santas leyes y ultrajais á sus prelados y ministros, propasándoos á hacer mofa y escarnio de las Santas Letras que emanan de la Sede Apostólica; subid con nosotros al Calvario, y si no os sentís dispuestos á arrojaros á los pies del santo leño, á llorar vuestros estravios, de lo cual nos regocijaremos en el alma, fijad al menos por algunos segundos la vista en el espectáculo mas terriblemente sublime que ha podido concebir la mente humana.

Jesús, el Hijo de María, el Redentor del mundo, el Divino fundador de nuestra Santa Madre la Iglesia, á la cual con injusticia é ingratitude inauditas haceis la guerra á muerte, como dice San Agustín, inclinando la cabeza, cual si nos convidara para el dulce ósculo: ¿y hemos de ser tan desnaturalizados y crueles que en vez de aceptarlo con reconocimiento y amor, abofeteemos ese puro y santísimo rostro, que respira inocencia y ternura, insultando, escarneciendo, colmando de amargura á su augusto representante en la tierra, á nuestro Santísimo Padre, al inmortal Pio IX?

Jesús muere con los brazos abiertos para demostrar que se halla dispuesto á abrazarnos, si reconociendo nuestras pasadas maldades nos acercamos á El con un corazón limpio y afectuoso; y hemos de ser tan perversos que en vez de acudir á su tierno llamamiento remachemos los clavos que sujetan sus santísimas manos blasfemando contra la Iglesia de Dios, contra sus prelados,

sus ministros, sus leyes, sus instituciones, tratando como enemiga implacable á la mas amorosa de las madres?

Jesús muere, por último, con el corazón abierto, dándonos á entender que si siempre fuimos objeto de su tierno amor, nunca pudo darnos mayor prueba de él que cuando se ofrece en holocausto en una cruz, después de padecer los mas grandes dolores; los tormentos mas atroces que pudo inventar la mas refinada crueldad.

¡Oh lamentable ceguera! ¡Oh locura la mas desdichada y digna de compasión! Nos creemos sábios, y desconocemos la verdadera sabiduría, que es conocer á Dios y amarle: nos creemos ilustrados, y rechazamos todo lo que ilustra el mundo, á los cielos y á la tierra, á las almas y á los cuerpos; invocamos el progreso y rechazamos á Dios y á sus obras, retrocediendo á los tiempos de la ignorancia y la barbarie; proclamamos el reinado de la libertad, y aherrajamos nuestras almas con las cadenas de la mentira y del error; y nuestros cuerpos con las ataduras de la vanidad, de la soberbia y del orgullo.

¿Queremos ser verdaderamente sábios? Subámonos á ese monte empapado con el sudor y la sangre del Hombre-Dios que busca nuestra salvacion en el mas espantoso suplicio; y aprendamos á conocernos á nosotros mismos para conocer mejor nuestra ignorancia, nuestra miseria y nuestra impotencia.

¿Queremos ser ilustrados! Acerquémonos al santo madero que se ostenta en el calvario desde donde despide refulgentes rayos de luz que llenan los cielos y la tierra; á esa antorcha luminosa que guía á los infelices naufragos que navegamos en el Océano del mundo entre las tempestades que levantan la ambicion, el orgullo, la vanidad y el error.

¿Queremos llegar á los últimos límites del progreso humano? Busquemos á Jesús, manantial del verdadero progreso y de perfeccion, á Jesús que rescató á los pecadores con su sangre para elevarlos hasta el trono de gloria en que se asienta á la derecha del Eterno Padre.

¿Queremos, por último, ser libres? Rompamos las ataduras de los vicios y

las pasiones que nos esclavizan, rechacemos lejos de nosotros la soberbia y el orgullo que nos corrompen alejándonos de Dios, y con un corazón verdaderamente humilde trepemos las alturas del Calvario para regar con nuestras lágrimas el árbol de muerte que es para la humanidad árbol frondoso de vida y de esperanza.

¿Nada os dice el corazón en presencia de esa cruz? ¿No se os oprime de pena al contemplar la sangre y las multiplicadas heridas que ocultan el cuerpo de la santísima víctima que sustenta? ¿No os sentís sobrecogidos de temor y espanto al veros rodeados de luto por todas partes, hasta en el interior de vuestra conciencia que pronuncia un *peccavi* que nuestros labios no se atreven á pronunciar? ¡Ah! tened valor para llorar, porque es hoy día de lágrimas y de perdón: tened el noble valor de Saulo que tanto ilustra y engrandece, porque ese valor, en vez de causar desgracias y persecuciones, es la prenda más segura de la victoria del hombre contra sus enemigos, porque le libra de la esclavitud del vicio y lo eleva á la altura de Dios.

F. de Zarrandona.

SOLEDAD DE MARÍA.

Héme aquí, Virgen mía,
que vengo á tus altares
á compartir tus horas de agonía
y á darte el corazón en mis cantares.
Vengo á ofrecerte de mi amor la esencia
en estas tristes y enlutadas horas
con raudales de lágrimas hirvientes,
vengo á llorar con el dolor que lloras,
vengo á sentir con el dolor que sientes.
La sombra estiende en el desierto templo
cual densa niebla en medroso cielo;
entre su ténue gasa
—como astros tristes en nublado cielo
cuyo fulgor la sombra no traspasa—
con débil rayo arde
la llama de las lámparas sombrías,
en tanto que las luces de la tarde
en los cristales quiebran
sus fugaces reflejos vacilantes,
tan vagos como el rayo

que imprime en los celages ondulantes
una aurora dulcísima de Mayo.
Las esbeltas columnas,
atletas que la cúpula sostienen
apoyo siendo de la fimbria osada;
los altares tristísimos que tienen
el ara santa sola y enlutada;
las bellas esculturas
que coronan los altos pedestales
y de la sombra en la fugaz neblina
envuelven sus contornos ideales
hasta que el corazón los adivina;
todo se vela en el sudario austero
que reviste á la Iglesia en este día
y forma el cuadro de dolor severo
que acompaña el valor de tu agonía.
Bajo las altas bóvedas bañadas
de indeciso fulgor; en esta calma
donde el silencio se derrama lento
como si se cerniese sobre el alma,
suspende el corazón su movimiento,
vacila la razón adormecida
y su vuelo replega el pensamiento.
Los ecos de la vida
se apagan sin llegar á tus altares,
aquí el todo el corazón se olvida,
aquí solo palpitan tus pesares!
Si allá en el viento, con incierto giro
un eco vago resbalar se siente,
finge el triste rumor de tu suspiro
y al alma lleva su expresión doliente.
Si de la luz de oro
que el sol vierte en las bóvedas azules
un reflejo descende
á iluminar tus enlutados tules,
parece que se enmiende
sobre tu pura frente inmaculada
la radiante aureola
de tu pureza y sin igual martirio
y brilla cual la luz que torna sola
la blanca perla que recoge el lirio.
Todo recuerda, Virgen, tu agonía,
todo se impregne de tu amarga pena,
tan grande, Madre mía,
que cielo y mundo con su esencia llena.
Venga á tu altar para llorar contigo,
pero no vengo solo
como la espuma que dejó en la arena
al deshacerse la revuelta ola
al ángel de mi vida; el hijo mío
á mi lado te ofrecí de rodillas
su corazón más puro que el mío.
Con dulce voz, que apenas la sentía
tiernas palabras de oración bendita

sabe balbucear, tu amor implora,
y con pena me dice:
—¿Por qué está triste nuestra Madre y
(llora?

Continuando mi llanto
por que á su tierno corazon no asombre,
le dijo señalando al crucifijo:
—Aquel era su hijo,
al mundo vino por salvar al hombre,
y el hombre en esa Cruz alzóle fijo.
Entonces en su frente nacarada
débil reflejo de dolor asoma
tan vago cual la sombra
que imprime con su vuelo una paloma;
en tí fija sus ojos un momento,
sus lábios palpitantes
cual tierna rosa que batiera el viento,
á tí elevan palabras suplicantes,
y al fin, titiladora,
cual gota de purísimo rocío
que al cáliz de la fior manda la aurora,
una lágrima vierte el hijo mio,
pérta del alma que el dolor asume,
y disuelta en vapores
te lleva de su amor todo el perfume.
¡Oh madre de amor! cuando contemplo
la triste soledad que te rodea
en el oscuro y silencioso templo;
cuando miro tus ojos celestiales
copiar el vago resplandor del llanto,
y enlazarse tus manos virginales
en señal de dolor, el alma mia
se identifica tanto con su pena
que apuré lentamente su agonía!
Allí en mi mente poderoso arde
el recuerdo del Gólgota sombrío
que ilumina el reflejo de la tarde;
escucho entre el salvaje vocerío
del pueblo que á su Dios insulta y hiere
la dulce voz de tu doliente hijo
implorando perdon, por los que muere
en una cruz ensangrentado fijo!...
A su lado te veo
abrazada á la cruz con loco anhelo
en medio de aquel ronco clamoreo...
como celeste velo
tus recuerdos flotando ante tus ojos
renuevan para tí cuadros de cielo..
Olvidas tu agonía
y piensas que le ves entre tus brazos
cuando niño en tu seno se dormía,
cuando sellabas tan amantes lazos
con el perfume de tu casta boca
que besaba sus labios celestiales,
flores de amor que para Dios brotaron

tus purísimos labios virginales.
Te miro ante la cruz con paso incierto
vagando, Virgen mia;
te miro asirle ensangrentado y yerto,
su forma envuelta en funeral sudario,
cuando la creacion tembló espantada
del crimen consumado en el Calvario.
Besas su augusta frente ensangrentada
donde aun se ven impresas las espinas,
y su boca ya helada,
manantial de purísimas doctrinas,
que como eternas leyes
se guardarán mientras el mundo aliente
respetadas de pueblos y de reyes.
Le estrechas triste en tus amantes brazos;
no esperes, Virgen, que á tu voz despierte
y se desprenda de tan dulces lazos,
que ese sueño es el sueño de la muerte.
Oh mártir del amor, Virgen María!
qué angustia tan profunda y sin consuelo
tu corazon de madre sentiría!...
Viste romper tu pecho
derramando su sangre el ancha herida
donde brotaba cual rogiza ola...
al peso de la cruz que le rendia
caer le viste, y al seguirle solo
levantarle tu mano no podia!
Sentiste de su *sed* el hondo anhelo,
y no pudiste por calmarla un tanto
darle una gota de tu triste llanto
raudal de amor que salpicaba el suelo.
Oh madre! todo ante tu altar se olvida
para sentir con tu pesar profundo;
tu diste á un Dios tu vida
para verle morir salvando al mundo!
Su movimiento el corazon suspende
cuando contempla tu pesar, María,
que la razon humana no comprende,
pues si el hombre sintiese tu agonía
la explosion de dolor... le mataría!...
¡Oh Virgen! al llegar á tus altares
en vano consolando tus dolores,
quiero elevar la voz de mis cantares!
En estas tristes horas
no brota el alma delicadas flores,
¡solo puede llorar cuando tu lloras!
No hay en la voz acentos
que expresen tu tristísima agonía,
¡porque apaga el dolor los pensamientos!
Solo sé, Virgen mia,
postrada ante tu altar llorar contigo
compartiendo tus penas en el suelo,
para que alguna vez bajo tu abrigo
pueda gozar en el Eden del cielol

Patrocinio de Biedma.